

Sermón, Domingo de la Trinidad**Una Diócesis, Una Iglesia, Un Servicio****7 de junio de 2020****Rvdm. Gregory H. Rickel**

Hoy es Domingo de la Trinidad. Es el día en que la Iglesia resalta la misteriosa, y para algunos hasta confusa, idea de que Dios es trino y uno. Sin duda, estamos viviendo momentos difíciles: dos pandemias. Una es un virus, que, a pesar de ser invisible, es mortal. Se aloja en nuestros cuerpos y los usa como transporte para contagiar a más personas. En realidad, no es un peligro, a menos que nosotros, como los llamados vectores que somos, lo llevemos de un lado a otro e inconscientemente lo compartamos con otras personas. La segunda pandemia es el racismo, el cual también es un virus. Se aloja en nuestros cuerpos y los usa como transporte para contagiar a más personas. También somos vectores del racismo, llevándolo de un lado a otro y compartiéndolo inconscientemente con otras personas. Ambas pandemias comparten el factor que hace que el virus se reproduzca y crezca y los remedios para defendernos del mismo. La negación hace que los dos se propaguen como un incendio forestal, y el mejor remedio en ambos casos es el amor, el amor por uno mismo y el amor por el prójimo. Todo esto puede hacer parecer que la doctrina teológica de la Trinidad carece de importancia. Sin embargo, hoy, espero desechar esa idea.

Una razón por la cual seleccionamos este domingo, Domingo de la Trinidad, era para darles a todos ustedes, clérigos y laicos, a todos, un día libre, por así decirle, y que pudieran descansar de todo ese trabajo magnífico y alentador que han estado haciendo para ayudarnos a permanecer en conexión, a través de todas las formas en que lo hacen. También lo queríamos hacer sin demora, con la esperanza de que algunos de ustedes pronto regresen a los servicios presenciales. Y finalmente, el Domingo de la Trinidad, fue seleccionado como un regalo para los predicadores de todo el mundo ya que para algunos es el domingo más temido. Como Rector, yo solía, con

bastante frecuencia, invitar a algún predicador, le daba la fecha, planificábamos todo, y esperaba a que se diera cuenta más adelante en qué lío le había metido.

Hoy me toca a mí, y esto es aun más intimidante porque hay muchos predicadores maravillosos sintonizándonos y la mayoría puede predicar mucho mejor que yo sobre este tema. Además, lo que experimentamos en nuestra vida en común en este momento, hace esta labor aun más abrumadora.

La Trinidad es algo que verdaderamente diferencia al cristianismo de otras tradiciones. De hecho, es una de las doctrinas que hace que otras religiones nos vean con sospecha. Al igual que la mayoría de las religiones abrahámicas, vemos a Dios como uno, pero a esto nosotros le añadimos el concepto de la Trinidad, que Dios es trino... y Uno.

Uno de los peligros de predicar en este día consiste en tener que explicar ese concepto. Yo me rendí hace mucho tiempo. Me siento mucho más cómodo ahora creyendo esto, sin poder explicarlo detalladamente. Algunos dirán que simplemente me estoy poniendo viejo, y otros dirán que me estoy volviendo un holgazán. Como siempre, ustedes deciden.

Sin embargo, sí les debo decir que es una doctrina con la cual me siento mucho más familiarizado, y debo añadir, que, en estos días difíciles, hasta me ofrece consuelo.

La Trinidad ha logrado penetrar la cultura moderna. Muchos de los que nos encontramos adorando juntos hoy conocemos la letra de la canción “American Pie” de Don McLean.

“Y los tres hombres a quienes más admiro, el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, tomaron el último tren hacia la costa, el día que la música murió”.

Me encanta esa canción, y siempre me ha encantado esa parte de la letra. Debo decir que yo no creo que eran todos hombres, además que su noción de la Trinidad tampoco es correcta en cuestiones teológicas, pero igual me gusta su reflexión, la idea de que la Trinidad, un Dios, se relaciona consigo mismo, y también con el mundo, que de hecho está en el mundo, está interesado en lo que aquí sucede. Yo creo que esa parte es cierta, y es buena.

De hecho, la idea de la Trinidad me emociona ahora más que nunca. Me gusta la idea de tener un Dios quien es una relación en sí mismo.

Algunos dirían que es un Dios con múltiples personalidades, lo cual con frecuencia se considera algo negativo, sin embargo, todos las tenemos. Todos tenemos un ser externo, un ser interno, el ser que compartimos con un grupo muy pequeño de personas, y el ser que hasta nosotros desconocemos.

Uno de mis teólogos favoritos, Miroslav Volf, dice, “Porque el Dios cristiano no es un Dios solitario, sino más bien una comunión de tres personas, la fe conduce a los seres humanos a la comunión divina. Sin embargo, no se puede tener una comunión independiente con el Dios trino (un “cuarteto”, por así decirlo) porque el Dios cristiano no es una deidad privada. La comunión con este Dios es al mismo tiempo comunión con aquellos otros que se han entregado en fe al mismo Dios. De ahí que uno y el mismo acto de fe sitúa a la persona en una nueva relación tanto con Dios como con todos los demás que permanecen en comunión con Dios”.

— Miroslav Volf, *After Our Likeness: The Church as the Image of the Trinity*

Eso es la comunión: una relación con Dios, y el uno con el otro. Cuando mantenemos la distancia para que otros vivan, eso es comunión. Cuando nos unimos para marchar u orar o participar en alguna manifestación para exigir justicia como podamos, eso es comunión. Cuando intentamos lograr un cambio interno para ser parte de la solución, eso es comunión. La comunión es todo lo que hacemos, físicamente solos, o juntos, para crear un mejor mundo para todos.

Me encanta la idea de que nuestro Dios, es una relación en sí mismo, y esa relación es plena al incluirnos a todos.

Siguiendo el tema de la Trinidad, me gustaría hablar de la Trinidad de imágenes que me han quedado grabadas en la mente y el corazón desde la semana pasada.

Por supuesto, una de ellas tiene que ser la de nuestro presidente con una Biblia en la mano, al frente de la Iglesia Episcopal de San Juan, al otro lado de la calle de la Casa Blanca. La segunda, los enfermeros y enfermeras y el personal de emergencia, que salieron a la calle de su lucha contra una pandemia, la del COVID-19, para aplaudir y alentar a los manifestantes que caminaban pacíficamente exigiendo justicia y sanación de la segunda pandemia, aquella que nos ha azotado desde hace mucho más tiempo; y la última es la imagen de una niña afroamericana, en el crepúsculo, obviamente en una manifestación en una de nuestras ciudades, que llevaba una pancarta más grande que ella, que le tapaba la cabeza, y la cual decía, “¿Seré yo la próxima?”

Esas tres imágenes, tan diferentes entre sí, me han perturbado esta semana. Son contrastantes. Una niña indefensa, apenas empezando a entender las inequidades que ha heredado en este país, y un presidente, el líder de este país, para esta niña, y para todos nosotros, con todo el poder que una persona pueda tener. Suficiente poder para despejar una plaza pública y tomarse la foto que deseaba. Y luego la imagen más alentadora, la de trabajadores, héroes en las primeras líneas de defensa de dos pandemias diferentes, una nueva y devastadora, la otra, la que nos acompaña desde la creación de este país, y la cual es igual de devastadora.

En algún lugar en medio de todas esas imágenes se encuentra la verdad, el camino correcto. Y en cada una de estas imágenes hay un mensaje para nosotros. Independientemente de que uno piense que el paseo del presidente a la Iglesia de San Juan el lunes haya sido algo positivo, o una

farsa, el mensaje que nos debe dejar a todos es que no es suficiente andar con una Biblia en la mano. Tenemos que abrirla, leerla, marcarla y digerir internamente el mensaje que contiene, y luego vivirlo. A veces, la gente me pregunta si yo creo en la Biblia y yo siempre digo que no. Sin embargo, sí creo que en ella se encuentra todo lo que necesito para vivir en comunión con nuestro Dios, y creo en ese Dios y en toda la verdad que ese libro nos muestra. En la imagen de aquella niña, la pregunta no es para nuestra sociedad, o solo para los policías, o solo para el presidente. Esa pregunta está dirigida a ustedes y a mí. El grito de socorro dentro de esa pregunta está dirigido a todos nosotros también. La imagen de los trabajadores sanitarios, y los manifestantes aplaudiéndose mutuamente, nos permite entrever lo puede o deber ser nuestro mejor ser.

Durante estos días, he escuchado decir que no estamos comulgando en este momento. Sin embargo, permítanme expresar mi desacuerdo. No estamos comiendo el pan y tomando el vino ahora, pero la comunión sigue viva y fuerte y nunca cesó, y nunca cesará. Durante estos días, he escuchado decir que nuestras iglesias están cerradas, pero eso simplemente no es cierto. Quizás los edificios de nuestras iglesias estén cerrados pero la Iglesia no está cerrada, y nunca lo estará, porque nosotros somos la Iglesia, unidos, independientemente del tiempo y el espacio. Y estos días, he escuchado decir que Dios parecer estar muy lejos, pero nuestro Dios, trino y Uno, una relación en sí mismo, está con nosotros en cada respiro.

Y estoy bastante seguro de que no les he explicado la Trinidad hoy, pero para ser sincero esa nunca fue mi intención. Como dice Karen Armstrong, “Jesús no pasó mucho tiempo hablando sobre la trinidad o el pecado original o la encarnación, conceptos que han ocupado a los cristianos posteriormente. Él iba de un lado al otro haciendo cosas buenas y actuando con compasión”.

En resumen, Él practicó el amor. En relación con los demás, y con nuestro Dios, quien es en sí mismo, una relación. Ese es nuestro lazo más importante, el remedio para nuestra enfermedad, y nuestro llamado principal como seguidores de Jesús.

Hermanas y hermanos, les he dicho esto en el nombre de la Trinidad, el trino y uno que crea, redime, sostiene, y como nuestros ancestros nos dejaron, es Padre, Hijo, y Espíritu Santo. Amén.